

III

IGLESIA GRANDE DE SAN FRANCISCO.

DE los varios templos que los franciscanos de la ciudad de México poseían en el recinto de su convento, el principal y más notable era el dedicado á su santo patrono. La orientación de éste, según la regla general establecida por dichos religiosos, era de Levante á Poniente, teniendo á este rumbo la puerta principal, la que ha desaparecido detrás de los muros de las nuevas construcciones ejecutadas en el atrio. La portada del costado norte era antes tan bella y rica por su ornamentación, según el estilo churriguero, como desfigurada hoy por la desaparición de estatuas y bajos relieves que completaban sus detalles, acción destructora debida al antiestético protestantismo.

Lo que caracteriza el estilo arquitectónico de Churriguera es la profusión de adornos en todos y en cada uno de los complicados detalles de la construcción.

Las pilastras, sin un grueso uniforme, están llenas de molduras y garambainas, presentando apenas, como una reminiscencia de los órdenes clásicos, sus capiteles dóricos ó corintios; los cornisamentos están cortados para dar lugar á otros labrados caprichosos, los que muchas veces se ligan con las jambas de puertas, ventanas y nichos, en dibujos complicados; y los medallones y repisas, aquéllos con imágenes en relieve y éstas con estatuas de piedra, se hallan por todas partes recargadas de festones. Si es cierto que tal estilo pugna con las reglas de una ar-

quitectura severa, no puede negársele, con todo, el mérito que lo distingue, por más que se afanen en ridiculizarlo sus opositores, muchos de los cuales, evidentemente, han debido declararse sus enemigos, por no tener las aptitudes necesarias para imitarlo. Si se me diera á elegir entre tal estilo y el gótico para la edificación de los templos, optaría sin vacilar por el segundo; mas mi predilección por este estilo tan bello y tan apropiado para morada del Señor, no me impide reconocer el mérito del que inventó el arquitecto salamantino. Esa combinación admirable de rectas y curvas, de acuerdo con la estética, la perfecta simetría en los variados y complicados adornos, y la delicada y laboriosa ejecución en tantos detalles de filigrana, todo presenta en su conjunto una obra de hermoso aspecto, en la que, á la vez, se admira el ímprobo é ingenioso trabajo de

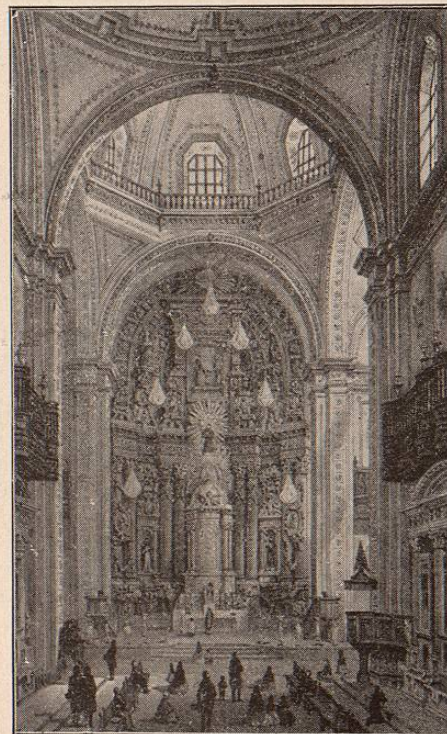


PORTADA LATERAL DE SAN FRANCISCO, AL FRENTE.—A LA DERECHA, ENTRANDO, EL TERCER ORDEN.—A LA IZQUIERDA CAPILLA DE ARANZAZU.

la montea, como el delicado y laborioso que hubieran de emplear para su ejecución los canteros. La portada lateral de San Francisco, las del Sagrario y la de la Santísima, constituyen los más acabados modelos de ese estilo en México, razón por la cual debemos conservarlos. Los protestantes hicieron desaparecer de la portada á que me refiero, entre las estatuas, las de la Virgen de Balvanera, Santo Domingo y San Antonio, y entre los bajos relieves el escudo simbólico de la fraternidad de Santo Domingo y San Francisco y el que re-

presentaba la Impresión de las Llagas del Salvador en el Seráfico Padre.

Antes de entrar en la iglesia grande por la puerta lateral que se ha descrito pasábase por la capilla de Balvanera dividida en dos tramos, uno al Occidente, que realmente constituía el Santuario de la Virgen, y se hallaba separado por un enverjado de hierro, y otro al Oriente, que daba paso para el templo principal. Seis pilastras y dos muros formaban cuatro compartimientos, de los cuales, los dos extremos estaban cubiertos por bóvedas, y los dos centrales por cúpulas, unas y otras sosteni-



INTERIOR DEL TEMPLO DE SAN FRANCISCO.

das por un entablamento corrido de orden dórico.

Antes de la exclaustación, la expresada capilla tenía sus altares, vasos sagrados y ornamentos. El retablo principal poseía seis imágenes de talla: la Virgen de Balvanera en un nicho de plata y cristales, cuyo coronamiento consistía en una ráfaga del mismo metal con la imagen del Espíritu Santo; San Ignacio mártir, San Benedito, Santo Toribio, Santa Rosalía, San José y San Ireneo. Varios lienzos adornaban las paredes, tales eran los de la Virgen como reina de los arcángeles, de

los apóstoles y de los mártires; Nuestra Señora de Aranzazu en la guerra de Navarra, el de la historia de la Virgen de Balvanera, y por último Nuestra Señora del Rosario y Santo Domingo.

Una portada dorada con su reja de hierro, en cuyos intercolumnios estaban colocadas dos estatuas de piedra, que representaban á San Juan Capistrano y á San Bernardino de Sena, comunicaba la capilla de Balvanera con la Iglesia grande, la cual, inundada toda de luz que recibía por sus numerosas ventanas y hacía resaltar los distintos detalles de la arquitectura, de sus adornos y altares, ofrecía un aspecto grandioso. Sus elevadas y amplias bóvedas vaidas cuyos nervios ó fajones seguían, unos en simétricos dibujos la circunferencia y otros partían á la clave, compartiéndolas en segmentos de círculo, estaban sostenidas por arcos de medio punto que arrapaban de un hermoso entablamento dórico, correspondiente remate de las hermosas pilastras y de los muros, en el centro de los cuales se hallaban suspendidas graciosas tribunas, con su piso, zócalo y balaustrada de maderas finas, y sobre cuyas cornisas se hallaban colocados á distancias iguales, hacheros de metal. La cúpula, de figura octogonal, de cuyos lados cuatro correspondían á los arcos torales y cuatro á las pechinas, se alzaba airosa sobre las elevadas bóvedas del templo, con sus ocho ventanas igualmente repartidas y ostentaba la misma ornamentación que los arcos y paredes, muy semejante al estilo del renacimiento; sobre la cornisa descansaba una balaustrada que daba mayor realce á su hermosura. El retablo principal bajo la ábside, era de orden corintio, algo mezclado con el estilo churriguero: cuatro grupos de columnas pareadas sostenían el entablamento ricamente decorado, y dividía el altar en tres tramos, ocupado el del centro por un elevado tabernáculo de plata, y los de los lados por dos grandes nichos con las imágenes de talla de Santo Domingo y San Antonio de Padua.

Sobre el baldaquino que coronaba el Tabernáculo se veía, interrumpiendo el entablamento, la estatua de San Francisco de Asís sostenido por grupos de nubes, sirviéndole de fondo una gran ráfaga de plata bruñida. Otras estatuas, varios medallones con imáge-

nes de santos, festones cruzados en los fustes de las columnas, varias repisas con jarrones sobre el entablamento, y por último, en posición dominante un gran cuadro de la Sagrada Familia, pintado al óleo, completaban los detalles de aquel bellissimo retablo, echado abajo sin compasión. En la parte inferior del Tabernáculo había un nicho con la imagen de *Nuestra Señora de la Macana*, de talla, de un poco más de media vara de altura, vestida de seda y adornada su cabeza con una corona de oro; tenía en sus brazos al Niño Dios y una pequeña *macana* de plata, igual en la forma á las espadas de pedernal ú obsidiana de los antiguos guerreros mexicanos.

Los primeros religiosos franciscanos que, para alivio de los indios, llegaron á México en el siglo XVI, trajeron consigo la imagen de la Virgen María, copia fiel de la que con el título de *Nuestra Señora del Sagrario* se veneraba en la Catedral de Toledo. Como se sabe, á la conquista por la fuerza de las armas, siguióse la conquista espiritual, tanto más provechosa y duradera cuanto más grande y evangélica fué la conducta observada para conseguirla.

Desde el año de 1538, en que fué descubierta por el misionero Fray Marcos de Niza la rica y extensa región regada por el Río Bravo y que más tarde fué llamada Provincia de Nuevo México, no escasearon las expediciones de gente armada y de religiosos para la conquista material y espiritual de las numerosas tribus que la habitaban. A las expediciones infructuosas del Capitán Melchor Díaz, en 1539, para rectificar lo descubierto por el Padre Niza, y de Vázquez Coronado que hubo de regresar con su ejército muy mermado, siguióse la del anciano lego Fray Agustín Rodríguez y de dos religiosos que lo acompañaban, quienes, abandonados por la fuerza que los custodiaba, perecieron á manos de los indios. Tales contratiempos no hicieron desmayar á los conquistadores, guiados los soldados por el deseo de hacer fortuna y los religiosos por el interés de la conversión de los indígenas, y al fin se organizó una fuerza respetable, en 1596, al mando del valeroso Don Juan de Oñate, á quien acompañaban ocho misioneros que llevaron consigo á su protectora *Nuestra Señora del Sagrario*. La expedición se internó en aquellas dilatadas regiones y fundó pueblos en las

márgenes del Río Bravo, los que con el aumento de religiosos que sucesivamente enviaba la Provincia de México y bajo la sombra de las benéficas doctrinas del Evangelio, prosperaron. Sin embargo, la conducta imprudente de los soldados y su ahinco por encontrar en los montes minas que los enriquecieran, y el abandono y descuido en que, por tal motivo, se encontraban las Misiones, esterilizaron los afanes y sacrificios de los misioneros, tanto que sublevadas todas las tribus, en un solo día, 10 de Agosto de 1680, cayeron sobre los establecimientos españoles, pasando á éstos á cuchillo, quemando casas, destruyendo capillas y derribando altares, no perdonando su furor ni aun á la Virgen María, la que escondida á tiempo por unos religiosos para evitar el ultraje, fué al cabo descubierta y profanada, recibiendo tan furioso golpe de macana, que quedó en dos partes dividida.

El autor de esa profanación, dice la tradición, perdió el juicio, corrió por los campos y fué conducido al fin por el mismo demonio, que le había sugerido acto tan abominable, á un árbol corpulento, de cuyas ramas se ahorcó. En ese día perecieron 498 españoles, entre los que se contaban 18 religiosos. Dos misioneros que escaparon de la catástrofe juntaron los pedazos de la Virgen y la transportaron á Tlalnepantla, población de las cercanías de México, en la que permaneció hasta ser trasladada, el 26 de Enero de 1755, á la capilla del noviciado del convento de San Francisco de México. Más tarde fué colocada en el tabernáculo de la iglesia grande.

Tal es la tradición de la célebre imagen de *Nuestra Señora de la Macana*, que hoy se venera en la iglesia de Corpus Cristi.

Otros altares se hallaban distribuidos en el templo, en los intercolumnios, dedicados á los



LA VIRGEN DE LA MACANA.

siguientes santos: del lado del Evangelio, el de San Sebastián de Aparicio, en el que se conservaba, en una Custodia de madera, una reliquia de dicho santo, los de San José y la Divina Pastora, imágenes que pertenecían á la Sra. D.^a Josefa Moncada; el del Santo Cristo de la Calera y el del Santo Entierro, de la propiedad del Conde de Santiago, y, por último, los de San Juan Nepomuceno, San Luis Gonzaga, San Antonio de Padua y San Salvador de Orta; por el lado de la Epístola, hallábanse otros tantos altares en los que se reverenciaban las siguientes imágenes: la Virgen del Apocalipsis, Nuestra Señora de los Dolores, el Señor de las Fatigas, ó sea Jesucristo con la Cruz á cuestras ayudado por Simón Cirineo, Santa María Magdalena, San Francisco en el momen-

to en que le imprimen sus llagas el Salvador, la Santísima Trinidad, Santiago Apóstol y San Benito de Palermo. Otros altares secundarios se hallaban simétricamente colocados á uno y otro lado de los principales.

Una gran puerta practicada en la pared del crucero de la iglesia mayor,

por la parte septentrional, comunicaba ésta con la capilla de la Purísima. Este pequeño Santuario era de planta cuadrada y tenía sus paredes adornadas con catorce cuadros pintados al óleo, en láminas de cobre, de las cuales once representaban diversos pasajes de la vida de la Virgen y uno, con su marco de plata, la imagen de Nuestra Sra. de Guadalupe, perteneciente al ilustre Colegio de Abogados. Otros dos cuadros de la propiedad del General Don José María Cervantes, representaba la Virgen de la Silla y San José. Un altar circular, en cuyo frente estaba el Sagrario tenía por remate un templete dentro del cual estaba la estatua de la Purísima lujosamente ataviada, la misma que hoy se venera en el templo de Corpus Cristi, se elevaba en el centro de la capilla de la que hoy no queda vestigio alguno.

Uno de los departamentos más bellos del grandioso templo era, sin duda, el coro, digno de especial mención por su elegante y costosa sillería de caoba, lujosamente tallada, de dos cuerpos, cuyo entablamento sostenido por columnitas de gracioso labrado, alcanzaba con su remate de un calado corrido de la misma madera, la cornisa general del edificio, de la que arrancaban los arcos de la bóveda. Además de los santos, labrados en los altos respaldos, hallábanse esculpidos los sellos de la Provincia del Santo Evangelio, interrumpiendo la parte alta de la sillería en el tramo central, frontero á la ábside del templo, un gran nicho con la imagen de la Purísima. El coro poseía un gran fagot de ébano, dos buenos órganos y una balastrada de madera fina bien labrada,

que servía de antepecho, con tres medios puntos dorados en los que se hallaban, en el del centro, la imagen pintada de San Agustín y en los laterales las de San Francisco y San Buenaventura, de talla. Del destino que se diera á la sillería tan hermosa, nada he podido investigar.



CORO DE SAN FRANCISCO.

La antesacristía y sacristía eran de mucha importancia por su buena construcción y atrevidas bóvedas. En la primera existían dos escaleras con barandal de hierro, las que se apoyaban en los muros oriental y occidental, y remataban en dos corredores con amplios descansos, que conducían uno á la celda del Padre Sacristán y otro al sobreclaustro principal, cuyas paredes se veían enteramente cubiertas de grandes cuadros, debidos al famoso pincel de Rodríguez Juárez. Bajo el descanso ó corredor de la escalera occidental se abría un gran arco que permitía observar la hermosa perspectiva que ofrecía el claustro principal y se prolongaba por la portería al claustro exterior ó del atrio, presentando los más bellos efectos alternados de luz y sombra. De las paredes, cuyo guardapolvo y friso eran de azule-

jos, pendían ocho cuadros, tres grandes de Villalpando, que representaban: la escena de Abraham, la casa de la Virgen y la degollación de los Inocentes; otro sobre la puerta de la sacristía, con la imagen de Jesús crucificado; otros dos con las efigies de San Juan Evangelista y el Sutil Escoto, y por último, dos chicos con los retratos de los Ilmos. señores Obispos Martínez de Galizondo y Fray Juan de Moya. A los lados de la puerta de la iglesia, bajo el tramo central de las escaleras, había dos fuentecillas de tecali para agua bendita, y en los lienzos de pared dos tarjas con las siguientes octavas, compuestas por un religioso en 1834 con motivo de la renovación del templo.



AMTESACRISTIA DE SAN FRANCISCO.

¿Ves este templo cuánta pompa ostenta,
Altars nuevos, nuevo el pavimento?...
Pues es un pobre que con nada cuenta.
¿Ves su decoro, miras su ornamento?...
Ni aquí hay derechos, ni disfruta renta:
Si saber quieres en que está el portento
Y por qué sobra, si á empezar no alcanza,
Oye á Francisco: PIDAN CON CONFIANZA.

¡Salve mil veces, pueblo mexicano!
que á tus expensas ves reedificado
Y se levanta al llegar tu mano
El almo templo que yacía inundado.
Se esfuerza el rico; se une el artesano...
Tu honor ¡oh pueblo! mira aquí grabado;
Tuyo es el lauro, tuyo es el contento,
Y en nos eterno el reconocimiento.

La puerta á que me he referido, daba entrada á una pieza pequeña, intermedia entre la sacristía y la iglesia grande. En ella estaba el sepulcro y efigie del célebre y Santo Misionero Fray Antonio Margil de Jesús, cuyos restos fueron trasladados en los momentos de la demolición del convento, por el P. F. Amado Montes, á la capilla de la Soledad de la Cate-

dral, y hoy se encuentran depositados en una urna en la Capilla de la Purísima del mismo templo.

La sacristía, en la que se entraba por una puerta muy amplia, correspondía dignamente por su arquitectura, como los demás departamentos mencionados, á la grandiosidad del templo. En la pared del frente ó sea la del Sur, se levantaba un altar de madera dedicado á la Virgen María bajo su advocación de la Purísima, hallándose á los lados dos esculturas que representaban á San Joaquín y Santa Ana, y en un nicho, en la parte inferior, una pequeña imagen de Santo Domingo de Guzmán. Una extensa cajonera de madera de bálsamo divi-

dida en tramos por pilastras, corría á lo largo de las paredes, contando sesenta y seis cajones con asas de metal amarillo, y en los cuales se guardaban los ornamentos de uso común y de lujo para las grandes festividades, cuyas ricas telas, de espléndidos bordados, fueron empleados por algunos en tapices de sus muebles y aún para otros usos innobles.

Una gran mesa elíptica de madera fina, con templete en que se hallaba un Santo Cristo, ocupaba la parte central de la sacristía, la que por tres rasgadas ventanas que caían á un jardín contiguo al panteón de los Padres, recibía mucha luz. En el pavimento, al frente de dicha mesa, se hallaba el sepulcro de los Condes de Santiago, cubierto con una lámina de bronce con inscripciones.

Hoy, de tan hermoso departamento sólo queda una fracción convertida por mucho tiempo en una tahona de la calle de Gante, cuya estrechez, lobreguez y paredes llenas de ollín, daban pena al que tuvo ocasión de admirar aquel antiguo recinto, tan amplio, tan aseado y tan espléndidamente iluminado.

La iglesia de San Francisco era notable,

además, por el esplendor que desplegaba en todas las ceremonias religiosas, desde el rezo en el coro, murmullo patético producido por más de cincuenta voces, hasta la misa de once de los domingos, de la que tendré ocasión de darte una lijera idea, mi buen lector, en el artículo "México de día."

La festividad de San Francisco, el 4 de Octubre, era espléndida y en ella oficiaban los dominicos, como los franciscanos oficiaban en la de Santo Domingo el 4 de Agosto, práctica que era seguida como constante recuerdo de la fraternidad que ligó en vida á sus santos patronos. Desde la víspera, un repique á vuelo en el templo de Santo Domingo, correspondido por el de San Francisco, después de medio día, anunciaba á los franciscanos la salida de la comunidad dominicana de su convento. La de San Francisco se dirigía entonces á la esquina de la calle de Vergara, para esperar á aquella que, con su Prelado á la cabeza, se acercaba por la calle de Santa Clara y la de Vergara. Al verificarse el encuentro, llamado vulgarmente el *topetón*, abrazábanse los religiosos de una y otra comunidades, según sus respectivas clases y categorías, en presencia de la muchedumbre y á tiempo en que las músicas hacían oír sus armonías y los cohetes atronaban el aire con sus estallidos. Unidas ambas comunidades, se dirigían al templo de San Francisco para dar principio á las vísperas, dirigiéndose al efecto los religiosos que habían de revestirse con los ornamentos previamente preparados, á la sacristía, y los demás al coro.

Acabadas las solemnes vísperas se procedía á tomar el refresco prevenido, y á las cuatro y media seguían los maitines á los que concurría gran número de fieles. Tanto en estas ceremonias como en las del día 4, el sacristán mayor hacía los oficios de maestro de ceremonias. El día de San Francisco, desde muy temprano, se hacían los preparativos necesarios para la gran solemnidad: sacábanse de los cajones de la sacristía los ornamentos más ricos para la misa mayor y otros muchos para los demás oficios; encendíanse las velas de cera que con profusión había en los altares, blandones y arañas trifoliadas que pendían de las bóvedas de largas cadenas, adornadas con sus flotantes gallardetes tricolores, y colocábanse

ramos de flores en vasos apropiados sobre los altares y en los hermosísimos tibores chinos que en el presbiterio alternaban con los blandones. Entretanto el espacioso templo que lucía sus cortinajes de seda carmesí con franjas de oro y mucha plata labrada, iba llenándose de fieles. Los repiques alegres, sonoros y simultáneos de los dos hermosos templos, San Francisco y Santo Domingo, anunciaban el principio de la misa, la cual proseguía, ejecutándose en el coro alguna de las bellas concepciones de los célebres maestros, hábilmente interpretada por la gran orquesta de la ópera y por diestros cantantes entre los que sobresalía por su poderosa voz el P. Salamanca. El púlpito, era igualmente servido por un religioso dominico.

Acabada la misa y despojados los oficiantes de sus lujosas vestiduras, eran conducidos por el Padre Sacristán al mirador del jardín de la sacristía, alfombrado y compuesto, para que en él tomaran, si querían, su desayuno pues casi era llegada la hora de asistencia al refectorio.

La costumbre de terminar las funciones religiosas, celebradas en honor de los Santos Patriarcas, San Francisco y Santo Domingo, con banquetes y comidas espléndidas en ambos conventos, en el siglo XVIII, dió motivo á la amonestación que, con el carácter de privada, dirigiera el insigne Conde de Revillagigedo á los respectivos Provinciales. Ese gran gobernante que así cuidaba de los asuntos civiles como de los religiosos, manifestó á dichos prelados que no era justo ni decoroso distraer los fondos destinados á objetos piadosos, extraviando la inversión de las limosnas, con escándalo de los fieles, en banquetes, en las celdas, para los padres graves, y en el refectorio para los demás religiosos. Los Provinciales reconocieron la justicia de la amonestación y contestaron proponiendo el medio que diera fin á la práctica establecida, y era el de que se retirasen los religiosos á sus respectivos conventos al terminar las ceremonias religiosas.

Otra de las festividades clásicas era la del 8 de Diciembre, que se celebraba en honor de la Inmaculada Concepción de María, con la misma pompa que se desplegaba en la de San Francisco, habiendo quedado señalada como una de las más notables que en sus fastos registraron los franciscanos, la efectuada el 1°, 2 y 3 de